



WARHAMMER®
THE END TIMES

EL SEÑOR DEL
FIN DE LOS
TIEMPOS

JOSH REYNOLDS

timunmas



WARHAMMER®
THE END TIMES

EL SEÑOR DEL
**FIN DE LOS
TIEMPOS**

JOSH REYNOLDS

timunmas

Título original: *The Lord of The End Times*
Traducción: Simon Saito, 2019

El Señor del Fin de los Tiempos © Copyright Games Workshop Limited 2015.

Black Library, el logo de Black Library, Warhammer, el logo de Warhammer, Time of Legends, el logo de Time of Legends, Games Workshop y todas las marcas asociadas, nombres, personajes, ilustraciones e imágenes del universo Warhammer son ® o TM, y/o © Games Workshop Limited 2000-2015, registrados en UK y en otros países. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2015 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de cubierta e interior de Paul Dainton

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0879-9
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B. 27.055-2019

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



UNO



Middenheim, Ciudad del Lobo Blanco

Gregor Martak, Supremo Patriarca de los Colegios de la Magia, dio un trago a la botella de vino y se la pasó al hombre que estaba a su lado en el adarve almenado del Templo de Ulric. El templo, construido como una fortaleza dentro de otra fortaleza, dominaba el Ulricsmund y la propia ciudad de Middenheim, y era el punto más alto de la Fauschlag. El compañero de Martak, que vestía la oscura armadura de los Caballeros del Lobo Blanco (en su caso estaba llena de abolladuras y necesitaba una buena limpieza), cogió la botella a regañadientes después de que el mago la agitara con insistencia. Martak se rascó la enredada barba y contempló la ciudad. En toda Middenheim no había un lugar que ofreciera mejores vistas que el parapeto del templo, desde donde podía otearse hasta el horizonte. Y lo que Martak veía en ese momento daba escalofríos.

Desde el cielo del norte habían llegado bancos de nubes negras que ahora flotaban sobre la ciudad y tapaban el sol. Se habían encendido todas las antorchas y los braseros de Middenheim con la vana esperanza

de combatir la oscuridad. Unos relámpagos que tenían su origen en la brujería estriaban los nubarrones. Unas cortinas de relumbrante energía iluminaban la ciudad con colores caleidoscópicos y provocaban unas sombras demenciales que bailaban y cabriolaban sobre todas las superficies. Sin embargo, la oscuridad no era obstáculo para lo que se aproximaba a la ciudad.

Martak y el resto de los habitantes de Middenheim habían oído los tambores desde muchas horas antes de avistar la horda que ahora se extendía alrededor de la base de la Fauschlag como un infinito mar negro. El viento había transportado hasta allí el sonido de los tambores y los rugidos y los gritos guturales de los condenados que integraban el ejército enemigo. Bandadas de cuervos habían teñido el cielo del color del óxido y las mismas raíces de la montaña sobre la que estaba construida la ciudad habían temblado.

Los primeros en aparecer por los márgenes del bosque al norte de la ciudad habían sido los miembros de la vanguardia de la horda. Unos enormes monstruos que Martak había esperado no volver a ver jamás habían arrancado de raíz los árboles o los habían reducido a astillas, y los crujidos y los gemidos de su aniquilación se habían sumado al alboroto del ejército que venía detrás. Siguiendo a los salvajes gigantes había aparecido un número incontable de hombres de las tribus procedentes del norte más remoto vestidos con mugrientas pieles, guerreros en armadura y mutantes monstruosos. Habían salido del bosque como un incesante torrente de inmundicia y al sonido de los tambores se sumaron las estridencias de los cuernos de guerra y los aullidos de las canciones de batalla, todo ello fusionado para crear un estruendo que hizo rechinar los dientes de Martak y le perforó los tímpanos.

Ahora la horda se desplegaba frente a Middenheim, esperando sólo los dioses sabían qué señal para iniciar el asalto. Miles de estandartes bárbaros ondeaban y se agitaban con la cálida brisa, y unas figuras monstruosas se deslizaban por el convulso cielo. Los hombres bestia hacían cabriolas y aullaban delante de las filas de silenciosos guerreros en armadura. La horda no había parado de crecer a lo largo del día, e incluso los defensores más escépticos de Middenheim se habían dado cuenta de que no se trataba de un simple grupo que se había presentado allí con la intención de incendiar y saquear la ciudad y después desaparecer como

una tormenta de verano. No, ese ejército reunía todas las fuerzas del norte y había venido para partir la columna vertebral del mundo.

—Odio decir que ya te lo advertí, Axel, pero... bueno —dijo Martak entre dientes. Se echó hacia atrás la adusta capa de pieles y señaló con el brazo largo y lleno de tatuajes las murallas que los separaban del enemigo que se congregaba en un número suficiente para hacer temblar el mundo. O al menos esa impresión le daba a Martak.

Su compañero, a pesar de la evidencia, no estaba de acuerdo con él.

Axel Greiss, Gran Maestro de los Caballeros del Lobo Blanco y comandante de la Hermandad del Lobo Feroz, limpió el orificio de la botella de vino con el borde de la capa de piel blanca y tomó un trago.

—¿Qué es esta bazofia? —preguntó.

—Es un vino tinto de Sartosa —farfulló Martak—. Algún idiota lo había escondido en el retrete.

Greiss se frotó los labios con los dedos, hizo una mueca de asco y le devolvió la botella.

—Eso de ahí fuera no es más que una reunión de chusma. Si ésta es la idea que tienes de una horda es que has pasado demasiado tiempo con los caguetas del sur. Yo sí que he visto hordas, y eso no lo es. —Se sorbió los mocos—. Middenheim ha resistido cosas peores y aguantará. —Hizo un gesto desdeñoso—. ¡Por los dientes de Ulric, pero si incluso nos han ahorrado el trabajo de ahuyentar a los hombres rata!

Martak tomó otro trago de la botella.

—¿De verdad?

Los skavens que tenían sitiada la ciudad antes de la llegada de la horda habían abandonado sus posiciones como criaturas carroñeras que huyeran ante la irrupción de un depredador de mayor tamaño. Martak sabía que algunos hombres rata se habían dirigido al sur, pero otros seguramente se habían dispersado por los túneles que se extendían debajo de la Fauschlag. No conseguía que nadie le hiciera caso cuando advertía de ello. Iba a repetirse lo que había pasado en Altdorf. ¿De qué servía ser el Supremo Patriarca si nadie te escuchaba? De todas maneras, no podía decirse que los Colegios de la Magia todavía existieran, pensó con amargura.

Greiss miró con desdén al mago de la Orden Ámbar, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Se han ido, mago. Han huido como las alimañas cobardes que son. ¿Acaso los ves ahí fuera?

—Eso no significa que no estén —replicó Martak. La discusión venía de lejos. Había enviado exploradores a las profundidades de la Fauschlag a pesar de las vehementes protestas de Greiss y de sus colegas comandantes. Los informes que le presentaron a su vuelta no hicieron más que confirmar sus temores de que se produjera un ataque desde abajo. Los skavens no habían huido, simplemente habían cedido el honor del asalto a Archacon. Los hombres rata se acumulaban en las profundidades de la ciudad y preparaban el ataque a Middenheim desde el subsuelo. Estaba seguro.

—Tampoco significa que estén —repuso Greiss. Negó con la cabeza—. Y si están, ¿qué más da? Middenheim aguanta, mago. Dejemos que las hordas ataquen las murallas si quieren. Mientras arda la Llama de Ulric, la ciudad resistirá. —Martak hizo el ademán de pasarle la botella, pero Greiss la rechazó y añadió—: Quédate aquí y pásate el día bebiendo si te apetece, mago. Algunos tenemos obligaciones que atender.

Martak no dijo nada. Le dolieron las palabras de Greiss, como había sido su intención. Miró al Gran Maestre mientras éste descendía de la muralla acompañado por el tintineo de la armadura. A Greiss no le gustaba demasiado el mago, y, para ser sinceros, a éste tampoco le caía demasiado bien él. De hecho, le desagradaban bastante tanto él como todos sus colegas comandantes.

Los hombres de alta graduación y de noble cuna venidos de Averland, Talabheim, Stirland o de la propia Middenheim pululaban por la ciudad intrigando para conseguir una mejor posición e influencia. El mundo se desmoronaba a su alrededor un poco más cada día que pasaba y los hombres como Greiss pensaban que la vida seguía igual. O peor aún, veían el desastre como una oportunidad. El mundo estaba a punto de acabar, pero las personas seguían siendo personas. Martak apuró el contenido de la botella y dejó caer los posos del vino sobre la lengua. «Las personas siguen siendo personas, pero eso no durará mucho», dijo para sus adentros.

Sintió un frío repentino y se ciñó la capa al cuerpo. Por un breve momento había pensado que la victoria era posible. Sólo durante un instante había visto un rayo de luz en la oscuridad impenetrable; un destello de esperanza había surgido en las cenizas de su alma.

Había visto que esa luz, la luz de los cielos, incidía en el cuerpo sin vida de Karl Franz y lo resucitaba en las ruinas de Altdorf. Había visto desaparecer los repugnantes jardines de plaga y pestilencia de las piedras de la ciudad y morir a las criaturas monstruosas que habían nacido en ellos. Había visto más... El cuerpo sin vida de Kurt Helborg con su rostro orgulloso manchado de sangre; la figura regia de Louen Leoncoeur, rey de Bretonia, enfrentándose a los demonios en una defensa desesperada de un reino que no era el suyo; la estatua de Sigmar hecha añicos y manando sangre. La luz finalmente había hecho desvanecerse todo lo malo.

Pero sólo durante un momento fugaz. Luego las tinieblas habían vuelto a envolverlo todo. Sin el Bastión Áurico y con Kislev reducida a cenizas, los ejércitos del Caos se habían expandido hacia el sur quemando y saqueando todo lo que encontraban a su paso. Nombres que formaban parte de la leyenda negra habían regresado para destruir un Imperio que creía haberse librado para siempre de ellos. Y no sólo el Imperio. Habían arrasado Bretonia; hordas de hombres rata habían borrado del mapa Tilea; Sylvania había pasado de ser un furúnculo a ser un tumor, y los no muertos campaban a sus anchas por el territorio atacando a los vivos.

Martak introdujo un dedo en el orificio de la botella y rebañó el vino pegado a la cara interior del cuello. Altdorf había sobrevivido a un asalto sólo para caer en el siguiente y ahora estaba plagada de escurridizas alimañas. Karl Franz había huido a Averheim, la única ciudad además de Middenheim que todavía quedaba en el Imperio. «Y pronto sólo quedará una, a menos que Averheim ya haya caído», pensó Martak. Dejando a un lado el exceso de confianza de Greiss, Martak reconocía una batalla perdida en cuanto la veía. Había vivido la mayor parte de su vida en el campo, y Middenheim le parecía un ciervo herido rodeado de lobos hambrientos. Oh, el ciervo matará a unos cuantos, dará guerra, pero al final... El resultado no ofrecía dudas.

A pesar de todo, él jugaba un papel en todo esto. Él se ocuparía de vigilar los túneles que recorrían los cimientos de la ciudad, puesto que nadie más consideraba que fuera necesario defenderlos. Esperaba poder hacer algo útil. Había dado la orden de que se colocaran barricadas en la parte superior de las escaleras que descendían a las entrañas de la

Fauschlag y había solicitado, y recibido, una leva de soldados que pertenecían a la guarnición de las murallas para que vigilara las intersecciones clave de los túneles. Pronto se reuniría con ellos en la oscuridad de los pasadizos subterráneos para esperar el ataque.

Daba igual lo que pensara Greiss, en las profundidades se acumulaban miles de skavens. Allí se habían metido todos cuando apareció Archaon, pero no se quedarían mucho tiempo bajo tierra. Y cuando decidieran salir, poco podría hacer Martak para impedirlo.

Se metió un dedo en la boca y chupó el vino impregnado en él. Antes de todo esto apenas bebía, pero ahora le parecía un momento tan bueno como cualquier otro para adquirir malos hábitos. Martak cogió la botella por el cuello para arrojarla hacia la ciudad desde las alturas cuando algo lo detuvo. Desde algún lugar indeterminado debajo de él llegó una voz grave y potente. No entendió lo que dijo, pero enseguida la reconoció.

Valten.

La encarnación de la Palabra. El Heraldo de Sigmar, llegado para iluminarlos en el momento de la oscuridad más intensa. Decían que había sido herrero. El padre de Martak había sido porquero y no veía por qué habría de avergonzarse nadie de unos orígenes humildes, sobre todo cuando el resultado final era tan... impresionante. Bajó la botella y la dejó sobre las almenas. Luego recogió el báculo que había dejado en el suelo y enfiló hacia las escaleras para bajar, pero entonces oyó un suave gruñido a su espalda. Se detuvo y se dio la vuelta con el corazón aporreándole el pecho.

Algo que podría haber sido un lobo, o la sombra de un lobo, estaba sentado justo donde él había estado de pie sólo unos segundos antes. El lobo lo miró fijamente durante el tiempo que media entre un latido del corazón y otro y de repente desapareció, como una voluta de humo. Martak se quedó mirando el lugar vacío, con la boca seca y las manos temblorosas. De pronto estaba sediento. Dio media vuelta y se marchó del parapeto almenado todo lo rápido que le permitieron las piernas.

Cuando por fin llegó a la nave circular principal del templo, oyó más cercana la voz de Valten, que por un momento sofocó el ruido procedente del otro lado de las murallas. Martak se abrió paso por la muchedumbre de refugiados que llenaban la sala del templo en dirección a la puerta

principal y la escalera que bajaba a las estrechas calles del Ulricsmund. La gente se apartó para dejarle pasar y un coro de cuchicheos que expresaban preocupación lo siguió; también oyó algunos murmullos de desagrado por su descuidado aspecto. Hasta el campesino más humilde seguía unas normas básicas de decoro, supuso Martak; unas normas que él incumplía cuidadosamente siempre que podía.

Valten había ofrecido diversas versiones del mismo discurso desde la llegada de las fuerzas de Archaon. Las calles estaban atestadas de ciudadanos aterrados y todos los templos y tabernas estaban abarrotados de refugiados asustados. Pero Valten llevaba la tranquilidad allí por donde pasaba con *Ghal Maraz* apoyado sobre sus anchos hombros. Hablaba indistintamente a multitudes y de manera individual, y no tenía preferencia ni una predisposición especial a hacerlo con personas de una provincia o de una condición social concretas. Su tono de voz era comedido y sus palabras tenían un efecto balsámico. «Estad tranquilos, pues yo estoy aquí y en mi presencia no imperará ningún mal», se dijo Martak mientras enfilaba hacia la vasta escalera que había fuera del templo. Era un dicho muy viejo que se atribuía a Sigmar. Martak, por lo poco que conocía del hombre que había detrás del mito, dudaba que hubiera dicho realmente esas palabras, aunque no ponía en duda la intención de las mismas.

Contempló la alta y fornida figura del Heraldo de Sigmar mientras dirigía sus palabras de consuelo a la multitud de soldados y de refugiados que ocupaban la escalera y de repente sintió más ligera la carga que pesaba sobre sus hombros, aunque sólo levemente. Valten era más alto que cualquier hombre que Martak hubiera conocido, pero se movía con una elegancia que habría sido la envidia de un elfo. Se había dejado crecer la barba desde la caída de Altdorf y ahora parecía más cómodo en Middenheim incluso que un viejo lobo como Greiss.

Martak se había dado cuenta de que ése era su truco. Valten simplemente... encajaba. En todos los rincones del Imperio adonde iba encontraba un hogar. Talabeclandeses, averlandeses, middenlandeses..., todos afirmaban que Valten era uno de los suyos. Hablaba sus dialectos y conocía su historia; incluso era capaz de cantar sus canciones. Era como si el robusto y joven guerrero barbudo fuera la encarnación del Imperio. Poseía todas las virtudes y las esencias propias del territorio y de sus pueblos.

Mientras hablaba, Valten parecía irradiar una luz interior que calentaba a las personas mejor que cualquier fuego. Modulaba la dicción como un orador experimentado y hablaba con una pasión que habría hecho sonrojarse incluso al difunto Volkmar, el Gran Teogonista.

Martak se detuvo en la entrada del templo para no interrumpir a Valten. Las grandes puertas con las bisagras de hierro se habían abierto de par en par al inicio del asedio de los hombres rata y así se habían quedado para recibir a cualquiera que buscara refugio. La entrada en sí era un vasto arco de piedra esculpido para representar las fauces de un lobo, con colmillos y todo. Al contemplarla, Martak volvió a pensar en la sombra que había visto en lo alto de la muralla y un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba seguro de que no había sido un demonio, pues ningún demonio podría entrar en Middenheim mientras ardiera la Llama de Ulric.

Echó un vistazo a la llama, que crepitaba en el centro de la inmensa nave central del templo. El fuego, de tonos azules y plateados, alumbraba la cámara principal, calentaba a la multitud congregada en su interior e iluminaba los enormes bajorrelieves que describían la victoria de Ulric sobre el wyrm de sangre, su acceso a la cámara de la tormenta y un número incontable de hazañas llevadas a cabo por el dios lobo. A medida que las tinieblas se expandían, cada vez más personas habían acudido al templo en busca del consuelo que procuraba su presencia. Martak no podía reprochárselo. Representaba la fuerza y la ira de Ulric, y por esa razón se había convertido en un faro de esperanza para el pueblo elegido del dios lobo. Se decía que, si el fuego se extinguía, un invierno perpetuo se instalaría en el mundo.

En eso pensaba cuando se fijó en una figura baja y encorvada que se deslizaba entre las piernas de la muchedumbre. Al parecer, la sombra del lobo lo había seguido. Sus ojos amarillos se fijaron fugazmente en los del mago y luego desapareció en la multitud. Martak ya se disponía a seguirlo cuando oyó una voz que decía:

—Es hermosa, ¿verdad?

Martak se dio la vuelta y se topó con Valten. Gruñó y se encogió de hombros.

—Para quien está acostumbrado a pasar sin ellos, todos los fuegos se parecen.

—Yo crecí en una forja —dijo Valten—. Siempre he pensado que el fuego posee una belleza extraña. Tiene todos los colores y ninguno, reconforta e ilumina, pero puede matar o cegar a los imprudentes. Es tanto una herramienta de creación como de destrucción... Como un martillo. —Levantó *Ghal Maraz* para enfatizar sus palabras—. Sigmar construyó un imperio con esta arma, y destruyó lo que habían hecho sus enemigos.

Martak esbozó media sonrisa.

—Precioso. ¿Introducirás esa homilía en tu próximo sermón?

Valten rio entre dientes.

—Dudo que haya tiempo para otro sermón. De lo contrario no habrías venido para decirme que estás a punto de bajar. —Miró a Martak de una manera que incomodó al mago. Valten tenía la habilidad de mirar directamente al alma de las personas. Nunca juzgaba lo que veía en ellas, si bien eso sólo empeoraba las cosas.

—Sí, ha llegado el momento —repuso Martak, apoyándose en el báculo—. Los exploradores me han informado de que los hombres rata están congregándose en el subsuelo. Además, la horda de Archaon no ha hecho este largo viaje para quedarse sentada fuera y mirarnos con gesto amenazador.

—Lo sé —dijo Valten. Alzó la vista al cielo y cerró los ojos—. Es casi un alivio.

—Siento no estar de acuerdo contigo —replicó Martak.

Valten sonrió y volvió a mirar al mago.

—Lo sé —dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Eres un oso viejo y triste y sería absurdo negarlo.

Martak resopló.

—Y tú eres un corderito alegre, ¿no?

La sonrisa de Valten desapareció.

—No. Soy consciente de la gravedad del momento, Gregor, tanto como tú. Siento su presión en la cabeza y en el alma desde que empuñé con rabia por primera vez el martillo de mi padre en el Bastión Áurico. Desde entonces ha intentado moldearme a su imagen y semejanza, convertirme en lo que se necesita, pero a veces... creo que no lo conseguirá. —Sopesó *Ghal Maraz*—. Supongo que eso forma parte de ello. Carga y bendición a la vez —añadió, girando el arma en las manos—. A veces

este martillo es ligero como una pluma. En otras ocasiones, sin embargo, apenas puedo levantarlo. No estoy seguro de que mi mano esté predestinada a blandirlo. —Miró a Martak a los ojos—. A veces desearía que Luthor aún estuviera aquí para decirme que me equivoco y que mi destino está marcado. —Una sonrisa triste asomó en sus labios—. No te ofendas, Gregor.

—No me ofendo —dijo Martak, restándole importancia—. Yo también desearía que Huss estuviera aquí. Y ya que hablamos de deseos, añadiría al emperador, a Mandred Mataskavens y a Magnus el Piadoso. Taal sabe que todos ellos nos vendrían muy bien en este momento.

La sonrisa de Valten se ensanchó.

—Tendremos que actuar nosotros en su lugar, amigo mío. Es lo mínimo que podemos hacer. Middenheim resiste. El emperador y el graf Boris me encargaron proteger esta ciudad y a sus habitantes, y eso haré o moriré en el intento.

Martak iba a replicar cuando sintió que algo se removía en su interior. Se llevó las manos a la cabeza y oyó un grito ensordecedor que parecía resonar en todas y cada una de las piedras del templo. Era como si una legión de lobos hubiera aullado simultáneamente y luego se hubieran callado. Valten lo sujetó cuando vio que se tambaleaba.

—¿Qué pasa, Gregor? ¿Te encuentras...?

Martak gruñó sin poder hablar. Se sentía como si le faltara algo, como si alguien le hubiera arrancado un trozo del corazón. Oyó la respiración agitada de Valten; la cabeza le daba vueltas y parpadeó para aclararse la visión borrosa. Mientras se esforzaba para mantenerse en pie, vio que la multitud se había alejado de la Llama de Ulric. Hombres y mujeres gimoteaban y chillaban con pavor. Valten levantó las manos para tratar de tranquilizar a la multitud aterrorizada. Martak se apartó de él y enfiló con paso tambaleante hacia la llama sin despegar de ella sus ojos rebosantes de incredulidad.

La Llama de Ulric osciló, destelló y finalmente se apagó. La cámara se sumió en la oscuridad y la multitud comenzó a abandonar en tropel el templo en busca de otro lugar donde cobijarse. Martak oyó los alaridos de las personas que caían al suelo y eran arrolladas por el resto, los sollozos de los niños que habían perdido a sus padres y la voz de Valten alzándose por encima del alboroto, intentando en vano poner orden en

el caos. Y por debajo de todo eso, por debajo de los chillidos y de los lloros, del miedo..., una risa. La risa de los Dioses Oscuros mientras la esperanza de Middenheim se desvanecía y sólo dejaba un residuo de cenizas.

Martak cerró los ojos. Oyó una voz en un rincón de su cabeza, como si alguien le hablara justo en los límites de la percepción, pero las carcajadas que resonaban dentro de su cabeza no le permitieron distinguir lo que le decía. Asió con tanta fuerza el báculo que la madera crujió como si protestara. Sentía frío y calor a la vez, y su cabeza era demasiado pequeña para contener todas las imágenes que se sucedían en su interior. Vio unas figuras de una enormidad y de una vileza inverosímiles que se deslizaban en la oscuridad y rascaban con frenesí el techo del cielo y las raíces de la tierra; vio una figura sombría enfrentándose con unos lobos de hielo y oyó el gemido de un dios mientras la llama se extinguía; oyó el estruendo de cuernos y de tambores y sintió que se le encogía el estómago cuando comprendió que había llegado el momento que tanto había temido.

Una mano le apretó el hombro y lo sustrajo de su ensimismamiento.

—Gregor... ha llegado el momento. El enemigo está avanzando —dijo Valten—. Debo ir a las murallas.

—Y yo debo bajar al subsuelo —repuso el mago con la voz ronca. Miró a Valten y las carcajadas demoníacas que retumbaban en su cabeza cesaron abruptamente. Había ciertas cosas que ni siquiera los demonios eran capaces de mirar—. Que los dioses te acompañen, Heraldo.

—Sé que por lo menos uno camina a mi lado —respondió Valten. Levantó *Ghal Maraz* y se despidió de Martak—. Middenheim resiste, Gregor. Y nosotros también lo haremos.

—La pregunta es hasta cuándo —masculló Martak mientras miraba cómo se alejaba el Heraldo de Sigmar.

Puerta norte, distrito de Grafsmund-Norgarten

—Eso, amigos míos, sólo es un mal día envuelto en pieles —dijo Wendel Volker, señalando el ejército que marchaba por la llanura que se extendía abajo mientras tomaba un trago del insípido alcohol kislevita de la jarra. Era lo último que quedaba de su género, puesto que Kislev ya no

existía, y Volker se había propuesto disfrutar hasta la última gota del soso brebaje en las últimas horas previas a su inevitable y turbulenta muerte. Habría deseado tener una botella del magnífico vino tileano para acompañarlo.

Se había detenido sobre la puerta después de enviar a gritos abajo, al interior de la estructura, a los hombres que supuestamente estaban de servicio. Estaba encima de la trampilla, así podría disfrutar de la bebida sin que lo interrumpieran. Las tabernas estaban atestadas de gente y las bodegas y las cervecerías de la ciudad habían agotado sus existencias hacía tres días. Se las había ingeniado para agenciarse la jarra de vodka kislevita, pero era casi tan malo como estar sobrio.

Volker no había parado de ascender en el escalafón desde sus días como capitán en la fortaleza de Heldenhame. Ahora lucía la armadura y la parafernalia de la Reiksguard que Kurt Helborg le había entregado en persona en recompensa por salvar lo que quedaba de la guarnición de Heldenhame y llevarlo a Altdorf a tiempo para reforzar las defensas de la ciudad. No era exactamente la clase de recompensa que Volker habría deseado, pero a caballo regalado no le mires el dentado. Sobre todo en los tiempos que corrían. Y la armadura le había resultado útil en más de una ocasión, a pesar de que pesaba lo que no está escrito y le rozaba en las partes más inoportunas.

Volker entregó la jarra a uno de los hombres que lo acompañaban, un gigantón que vestía una armadura de color verde mar, decorada con motivos de peces que aún eran visibles donde no estaba abollada y reducida a una masa informe.

—Un mal día, Wendel, ¿o el día malo? —dijo el hombre mientras tomaba un trago. Erkhart Dubnitz era el último caballero de una orden que oficialmente no estaba reconocida en ninguno de los sentidos. Los Caballeros de Manann habían luchado hasta el aciago final cuando las flotas de plaga entraron en el puerto de Marienburgo, pero sólo Dubnitz escapó de la ciudad libre; lo enviaron a Altdorf para que diera la voz de alarma, pero no le hicieron caso hasta que fue tarde. Ahora era un despatriado que luchaba por una nación que no era la suya. En Altdorf precisamente conoció al marienburgués, y encontró en él a una especie de alma gemela. Por lo menos en lo que se refería al ámbito de la bebida.

—¿Cuál es la diferencia, Erkhart? En cualquier caso, somos nosotros los que debemos hacerle frente —dijo el tercer hombre que estaba sobre la puerta. Rechazó la jarra cuando se la pasaron—. No, gracias, prefiero morir con la cabeza despejada, si no os importa. —Hector Goetz tenía la cara de un hombre que no había quedado impresionado después de ver todo lo malo que podía ofrecer el mundo. Su armadura exhibía las mismas marcas de combate que las de Volker y Dubnitz, pero estaba cubierta con los símbolos y los sigilos de la Orden del Sol Llameante. Por lo que Volker sabía, Goetz era el último templario de la orden myrmidiana que quedaba vivo. Según se decía, la mayoría había perecido con Talabheim. Goetz también estuvo allí, pero nunca quería hablar del asunto. Volker, que era talabeclandés, reprimía las ganas de insistirle para que contara algo.

En el fondo no estaba seguro de querer conocer los detalles. En Talabheim había dejado a sus padres, a su familia y a varias amantes apasionadas y divertidas cuando lo destinaron a la guarnición de Heldenhame. La idea de que probablemente estuvieran todos muertos todavía no había penetrado la coraza de aturdimiento que era lo único que protegía su cordura a estas alturas. Se trataba de elegir entre el aturdimiento y la locura, y Volker había visto demasiadas cosas para creer que la locura pudiera procurar alguna clase de alivio en los tiempos que corrían.

—Como quieras, Hector. Más para mí y para el joven Wendel —dijo sonriendo Dubnitz. Le pasó la jarra a Volker, que tomó otro trago.

—Se ha acabado. Dubnitz, sé un buen amigo y ve a buscar otra.

—Era la última —dijo Dubnitz—. Caballeros, estamos oficialmente sin alcohol. Toquemos a retirada.

Volker acunó contra su pecho la jarra.

—¿Para qué, hermano? No hay adonde ir.

—Tonterías. El horizonte está ahí mismo.

—Tiene razón, Erkhart. No hay adonde ir. Los dioses han muerto —dijo en voz baja Goetz, con una expresión afligida en el rostro—. Por un momento pensé que estaban con nosotros —Su semblante se endureció—. Pero entonces ocurrió lo de Talabheim y supe que se habían ido.

Dubnitz dejó de sonreír y suspiró.

—Es muy triste que un hombre sobreviva a sus dioses.

—Ajá —repuso Goetz—. Y pronto nos reuniremos con ellos. —Miró de refilón a Volker—. A menos, claro está, que ese heraldo tuyo esté guardándose un as en la manga.

—A mí no me ha contado nada —confesó Volker. Cuando conoció en carne y hueso al Heraldo de Sigmar había quedado tan impresionado como todos. Encarnaba todo aquello que los sacerdotes de Sigmar habían prometido. Era un semidiós que había surgido de entre los mortales para luchar a su lado y liderarlos hasta la victoria sobre el enemigo. Esa impresión no había disminuido en las semanas siguientes, más bien había madurado. Valten poseía algo que ahuyentaba la desesperación y neutralizaba el miedo. Sin embargo, Volker sabía que era un hombre como otro cualquiera; un hombre bueno y justo, sí, pero un hombre en definitiva. Iba a desarrollar su respuesta cuando Goetz de repente se puso derecho y maldijo.

—Bueno..., ya está —Dijo Dubnitz por lo bajo—. Ha llegado el momento.

Volker divisó un destello de diversos colores abajo, alzándose por encima de la horda. El aire adquirió una cualidad grasienta y Volker advirtió un regusto repugnante en la lengua. Enseguida reconoció qué era, aunque habría preferido no hacerlo. Las nubes se hicieron más densas y comenzaron a retorcerse, y unas fuertes rachas de viento barrieron la ciudad. Goetz se apartó del parapeto con la cara blanca.

—Demonios —masculló con la boca seca—. Están llamando a demonios. —Se llevó una mano a la cadera, como si rememorara una vieja herida—. Oigo sus gritos...

—Eso no es todo —repuso Dubnitz. Señaló al otro lado de la ciudad—. Corregidme si me equivoco, pero ¿no está allí la puerta occidental?

Volker se volvió y vio una columna de humo que se alzaba en el cielo desde el oeste de la ciudad. Se le hizo un nudo la garganta.

—Oh, dioses... —exclamó con la voz ronca. Se dio la vuelta cuando comenzó a oírse un ensordecedor sonido de tambores y vio una segunda columna de humo, de un pálido color verde, ascendiendo desde la puerta oriental de la ciudad. A continuación, sólo medio segundo después, el suelo tembló con la sacudida de la puerta y Volker estuvo a punto de caerse. Oyó gritos abajo y unas tenues volutas de humo verde comen-

zaron a filtrarse por los bordes de la trampilla que tenía bajo los pies—. ¿Qué demonios...?

Dubnitz lo agarró rápidamente por la espalda de la coraza y tiró de él un instante antes de que un acero cortara el aire del espacio que había ocupado su cabeza.

—Ésos son los demonios —dijo con un tono despreocupado Dubnitz cuando una aparición encorvada y vestida de negro aterrizó en el parapeto y saltó hacia ellos blandiendo una vil espada con el filo de sierra.

Volker reaccionó instintivamente y golpeó en la cabeza con la jarra a la figura que los atacaba. El recipiente de barro se hizo trizas y la criatura se derrumbó y se retorció en el suelo.

—Skavens —farfulló mientras miraba fijamente al hombre rata.

—Cierto, y yo que lo había confundido con un halfling con sarna —repuso Dubnitz desenfundando la espada mientras en el adarve aparecían más de esas criaturas repugnantes que habían trepado la muralla—. ¿Dónde están los malditos centinelas? —gruñó mientras destripaba a un hombre rata que había saltado hacia él.

—Muertos, si ese gas es lo que pienso —dijo Goetz, que con la espada bloqueó sin apenas esfuerzo la acometida de uno de los skavens vestidos de negro—. Es venenoso. No dejéis que os toque —añadió mientras se alejaba de la trampilla, de la que emanaba un humo constante.

—Eso explica por qué las alimañas llevan máscaras puestas —dijo entre dientes Volker al mismo tiempo que estampaba una patada en el pecho a uno de los asaltantes y lo lanzaba muralla abajo. Trazó con la espada un arco en el aire a su alrededor para ahuyentar a los skavens que lo asediaban y oyó un chirrido de cadenas y de engranajes. Entonces comprendió que el gas sólo era el medio para conseguir un fin: ¡pretendían abrir las puertas para que los hombres del norte entraran en la ciudad!

—¡Mierda, pues jugaremos a los piratas si eso es lo que quieren! —dijo Dubnitz. Corrió hacia el borde interior de la muralla, desde donde se dominaba la puerta del patio que había debajo, y saltó abajo llevándose por delante a un skaven que chillaba desafortadamente.

Volker y Goetz se miraron y siguieron a su compañero sin mediar palabra. Los skavens que había en la muralla se los quedaron mirando con perplejidad mientras saltaban desde el borde de la muralla.

Volker gritó hasta que aterrizó en un carro lleno de paja; a partir de ese momento sólo salieron imprecaciones de su boca. Rodó por el carro con los brazos y las piernas doloridos y se estrelló contra los adoquines del suelo. El cuerpo del skaven que Dubnitz se había llevado consigo cayó a su lado. El fornido caballero sonrió a su compañero y le ofreció una mano.

—Levanta, joven Wendel. Tenemos invitados no deseados y se necesitan nuestras espadas.

Volker escupió unas briznas de paja que se le habían metido en la boca y se dejó levantar por Dubnitz.

—Sabías que el carro de paja estaba aquí, ¿verdad? —le preguntó.

—Por supuesto —respondió Dubnitz—. Se aprenden muchas cosas siendo un borracho. Por ejemplo, que siempre hay que tener a mano un lugar blando donde caer. Sólo por si las moscas. Ahora ayúdame a bajar a Goetz antes de que estemos rodeados de esos mortíferos aduladores de demonios.

Viaducto del norte

—Horvath, ¿alguna vez has pensado en las circunstancias que te han traído hasta este momento de tu vida? —preguntó entre dientes Canto el Abjurado al compañero que tenía más cerca en la apretada masa de guerreros del Caos, hombres de las tribus del norte y hombres bestia que se precipitaba por el viaducto. Había centenares de ellos, avanzando sin prisa pero sin pausa hacia la puerta que había al final del puente. Un asqueroso humo verde ascendía desde la muralla y el puente levadizo había caído con un estruendo ensordecedor sólo unos instantes antes, lo que significaba que sus alimañas aliadas habían cumplido su promesa de sabotear las puertas.

Entre los guerreros que se habían reunido bajo el estandarte del Rey de Tres Ojos todavía había quienes no podían creer que su jefe hubiera confiado en unas criaturas como éstas. Y el hecho de que los skavens hubieran cumplido una promesa resultaba aún más increíble, al menos en opinión de Canto el Abjurado, que no pudo evitar preguntarse qué nuevos hechos fabulosos lo aguardaban, si es que sobrevivía a la inminente carnicería.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre! —bramó Horvath, repitiendo el grito que proferían los hombres que lo rodeaban. Miró de refilón a su compañero y frunció el ceño—. ¿A qué viene eso ahora, Abjurado?

—Da igual. Déjalo —respondió Canto.

Horvath se lo quedó mirando con recelo. El aspecto de los dos guerreros no podría ser más diferente. Aunque ambos eran enormes, como cabía esperar de unos hombres que habían sobrevivido a los incontables peligros que infestaban los Desiertos del Caos, y llevaban puestas unas recargadas armaduras demasiado pesadas para un hombre normal que no hubiera entrado en contacto con los vientos del cambio, la armadura de Horvath era del color de la sangre seca y estaba adornada con horripilantes sigilos de muerte y destrucción. En la espalda llevaba un portatrofeos en el que exhibía un esqueleto intacto en cuyos huesos estaba grabada una herética letanía. La armadura negra de Canto, por su parte, era tan pesada e imponente como la de Horvath, si bien no mostraba símbolos, sigilos ni trofeos salvo por los cráneos amarillentos que le colgaban de las hombreras y de la coraza y en los que se habían grabado unas extrañas marcas.

—¿Por qué nunca te callas, Abjurado? ¿Por qué estás siempre hablando como si fueras un nurglete? —espetó Horvath, negando con la cabeza.

—Los dioses me han dado voz, Horvath. Échales la culpa a ellos —replicó Canto—. Ballestas.

—¿Cómo?

—Ballestas —repitió Canto, y levantó el escudo cuando los proyectiles de las ballestas impactaron en las filas delanteras de los guerreros que avanzaban por el viaducto. Cayeron docenas de hombres y de mutantes. Sin embargo, uno de ellos se mantuvo en pie. Las flechas sobresalían de su anodina panoplia, pero el hombre continuó caminando a trompicones, arrastrando la espada por el suelo. Cuando estuvo cerca de la puerta, pareció recuperar las fuerzas y levantó la espada empuñándola con las dos manos, profirió un grito bestial y echó a correr hacia el enemigo—. Ése quiere llamar la atención de los dioses —masculló Canto mientras el guerrero cargaba contra las ruinas humeantes de la puerta.

—Ya lo ha hecho, Abjurado —dijo Horvath al mismo tiempo que se arrancaba una flecha del brazo—. ¿No lo reconoces? —Partió el proyectil por la mitad—. Es el conde Mordrek.

—¿El Condenado? —farfulló Canto—. No me extraña que tenga prisa. —Mordrek el Condenado encarnaba lo que podía ocurrirle a todo aquel que compitiera por el favor de los Dioses Oscuros. Estaba a merced del capricho de los dioses y no sabía lo que eran el descanso, el olvido ni la perdición. Se decía que Mordrek había muerto mil veces y siempre regresaba para seguir luchando. Era el juguete de los dioses; se rumoreaba que su cuerpo estaba en constante transformación debajo de su ornada armadura, como si estuviera hecho de la materia pura del Caos.

—Llegó a un campamento anoche. No venía solo. En esta guerra nos acompañan héroes de antaño, Abjurado. Tal vez Aekold Helbrass se conforme con jugar en las cenizas de Kislev, pero han acudido otros en respuesta al desafío lanzado por el Rey de Tres Ojos: Vilitch el Maldito, Valnir el Segador y docenas más. Todos se han reunido bajo el estandarte del Elegido —continuó Horvath, golpeándose el escudo con el hacha cada vez que pronunciaba uno de esos nombres—. Es un honor seguir la estela de Mordrek, Abjurado. ¡Estamos siguiendo los pasos de auténticas leyendas!

Las palabras de Horvath se perdieron en el rugido de los guerreros que los rodeaban. El ataque de Mordrek había envalentonado a la horda y Canto se vio arrastrado por la presión que ejercieron los guerreros en su afán por cruzar el viaducto. Según avanzaban, en las murallas se abrieron las portezuelas de las troneras y asomaron las bocas huecas de los cañones listos para disparar. A Canto se le aceleró el corazón en los momentos previos al ruido y la furia que estaban a punto de desencadenarse. No tenía miedo; no era eso. Sabía lo que eran capaces de hacer los cañones. Había visto con sus propios ojos las máquinas de guerra de los dawi zharr y sabía que esas piezas de artillería sólo eran un pálido reflejo de aquellas terribles armas. Morirían hombres, pero él no. Al menos si la suerte que lo había acompañado hasta ahora no decidía abandonarlo de una vez.

Canto se había abierto paso hacia el sur con el resto de los Verdugos de Halfgir, como se autodenominaban, cuando el tres veces maldito bastión de los meridionales finalmente cayó. Había luchado con hombres vivos y muertos, y también con paladines rivales que buscaban el favor de los dioses. El cielo se había teñido del color de la sangre y las lunas se habían desmenuzado, y alguna que otra vez en la que echó un vis-

tazo fugaz arriba, había visto unas caras enormes que contemplaban el mundo con lujuria desde cualquiera que fuera el lugar en el que solían ponerse los dioses.

El recuerdo no le hizo feliz. Ahora también estaban observando, pero si en verdad era el fin del mundo, si definitivamente había llegado el último momento, era más que probable que los dioses intervinieran de una manera más directa en los asuntos de los mortales, y Canto no tenía ningún interés especial en estar cerca cuando eso sucediera. Los dioses eran impredecibles y malvados, y ningún hombre sobrevivía a sus atenciones.

Las murallas de Middenheim se encendieron con las detonaciones. Proyectiles, balas y obuses cayeron sobre la muchedumbre. Canto vio cómo una bala de cañón impactaba en el conde Mordrek y lo derribaba. Pero un instante después, el Condenado se incorporaba y desaparecían las abolladuras de su armadura mientras él se ponía en pie con un movimiento tambaleante.

—En verdad está bendecido —dijo Horvath.

—Que no te oiga decir eso —le advirtió Canto.

Las balas de cañón y los obuses seguían masacrando las filas de hombres que avanzaban por el viaducto y la sangre y las vísceras volaban en torno a ellos. Canto hizo una mueca cuando un chorro de sangre le salpicó la armadura. Ya había avisado a todo el mundo de que esto iba a ocurrir, pero nadie quiso escucharle. No. Todos buscaban la gloria, el honor de ser el primero en matar a un enemigo. Y él no había tenido más remedio que hacer lo mismo que los demás; de lo contrario se habría arriesgado a que le mataran. Lo habrían despedazado sin darle la menor oportunidad de defenderse. «Es la historia de tu desdichada vida, Canto», pensó.

A pesar de las andanadas que disparaban desde la muralla, Mordrek consiguió llegar a la puerta seguido por Canto y los demás. El Condenado arremetió contra las tropas defensoras como si fuera un lobo atacando un rebaño de ovejas. Su espada trazaba amplios arcos en el aire, seccionaba brazos y extirpaba intestinos. Según caían sus víctimas, sus cuerpos se marchitaban y sufrían una transformación; nuevas y monstruosas extremidades brotaban de sus troncos a medida que las nuevas criaturas que despertaban en su interior desgarraban sus carnes. Mor-

drek iba dejando a su paso una estela de monstruos que cargaban contra sus antiguos camaradas.

«Monstruos por dentro, monstruos por fuera», pensó Canto mientras echaba a correr. Decapitó a un soldado con la cara pálida que empuñaba una alabarda y se encontró en el interior de la muralla de la Ciudad del Lobo Blanco, seguido de cerca por un ejército de perdidos y de condenados.